

IMPRESIONES DE UN BIBLIOTECARIO ESPAÑOL ANTE LAS BIBLIOTECAS DE LOS ESTADOS UNIDOS

Texto de la conferencia dada en el Centro Cultural de los Estados Unidos en Madrid, el 24 de abril de 1974, con motivo de la National Library Week.

Un razonable deseo de aprender, nacido del convencimiento de mi propia ignorancia y alimentado sin dieta por un entusiasta interés —que todavía es pronto para que me abandone— por los temas de mi profesión bibliotecaria, me llevó a comprender, en los mismos comienzos de mi iniciación, que, en el panorama universal de la lectura y la información, eran las bibliotecas y los bibliotecarios de los Estados Unidos quienes más tenían que enseñarme. Muy pronto también, descubrí con pesar que, por desgracia para mí, no sería mucho lo que yo podría aprender sin Escuelas de Biblioteconomía donde estudiarlo, pues entonces no las había, y torpe como era y continuo en el conocimiento del inglés, que la germanofilia y la anglofobia del momento vedaron al bachillerato que yo cursé.

Algo aprendí, pese a todo, y algo más pienso aprender todavía, porque falta me hace, pero nada me enseñó tanto como la oportunidad de fijar algunas pobres ideas, nacidas de lecturas, mediante el contacto con la realidad que, en el verano de 1972, hicieron posible la generosidad de la Fundación March, la decisión de Luis Sánchez Belda, Director General de Archivos y Bibliotecas, y la amistosa presión de mis compañeros Isabel Fonseca y Manuel Carrión, que acabaron venciendo mi habitual resistencia a separarme de los míos.

Gracias a que mi voluntad se rindió entonces a la de ellos y hace pocos días a la de mi buena amiga Julia Benítez, Directora de la Biblioteca Washington Irving, que, en nombre del señor Miro Morville, me invitó amablemente a disertar aquí, puedo ofrecerles hoy estas *Impresiones de un bibliotecario español ante las bibliotecas de los Estados Unidos*.

Como, al ponerme a hilvanar las primeras líneas de esta charla en función del título que había adelantado, caí en la cuenta de que Monet y sus seguidores habían hecho arte de sus impresiones, me dije que debía apresurarme, como ahora lo hago, a sacar a mi auditorio de cualquier ingenua esperanza. Mi incapacidad como artista, la magnitud del panorama a considerar y la precipitación

de la obra, hecha con tan rudimentarios materiales como unas pobres lecturas y un fugaz viaje, sólo pueden ofrecerles unos toscos y ligeros brochazos. Pero seguro como estoy de que ustedes son más artistas que yo, tengo confianza en que sabrán mejorar el cuadro de mis impresiones dándole, por su cuenta, la pincelada o el tono que le falte y, en último caso, realizándolo con el marco de su generosa indulgencia.

La primera impresión que se recibe de los Estados Unidos es de anonadamiento por las dimensiones colosales con que tantas cosas se nos presentan. Ya la misma Naturaleza fue pródiga con el país. Sus ríos, sus montañas, sus árboles, etc., empequeñecen a los nuestros y, por consiguiente, a nuestro ánimo. Por eso, parece casi normal que el desarrollo de esta nación se venga ajustando a macropautas, que también han afectado a sus bibliotecas. Pero si, trasplantado a otro lugar, su sistema bibliotecario resultaría monstruoso por su misma grandeza, hay que reconocer «in situ» que es justamente el que le corresponde al concepto que el norteamericano en general tiene del libro y de la biblioteca como medios de información y auxiliares de la enseñanza.

Siempre he visto como cabeza y resumen del colosalismo bibliotecario norteamericano a la American Library Association, la ALA, que, fundada en 1876, es hoy la más antigua y la mayor, con mucho, de todas las asociaciones de bibliotecarios en el mundo. Como abarca a todo tipo de bibliotecas al servicio de todo tipo de personas y a toda clase de bibliotecarios, abriendo sus puertas a socios extranjeros, cuenta con más de 30.000 socios y mantiene estrechas relaciones con otras asociaciones bibliotecarias de los mismos Estados Unidos, del Canadá y del resto del mundo. «Promover un servicio bibliotecario de excelente calidad, libremente accesible a todos» es el propósito que condensa los nueve puntos en que resumió sus fines en 1967. Los bibliotecarios del mundo entero sabemos de la fuerza de la ALA y de la decisiva influencia que ha tenido y ha de tener todavía en la profesión bibliotecaria. Su Consejo Ejecutivo actúa por medio de 62 comités y dedica otros 17 a mantener relaciones con otras organizaciones. Y para promover el servicio bibliotecario y la biblioteconomía en campos específicos de la profesión está compartimentada en Divisiones tales como la de Bibliotecas escolares, Consejeros de bibliotecas, Bibliotecas de Colleges e Investigación, Bibliotecas de hospitales y establecimientos asistenciales, Agencias bibliotecarias estatales, Servicios Infantiles, Ciencia de la Información y Automación, Administración de bibliotecas, Enseñanza bibliotecaria, Bibliotecas públicas, Referencia y servicios para adultos, Medios bibliográficos y servicios técnicos, Servicios para jóvenes, etc., sin que le escape algún tema profesional porque los demás quedan a cargo de 11 Mesas redondas, 56 delegaciones autónomas y 10 organizaciones afiliadas, de carácter nacional o internacional, que también gozan de autonomía. Si, para terminar este esbozo de la ALA, digo

que en sus oficinas centrales trabajan más personas que bibliotecarios tiene el Estado español, cualquiera comprenderá más fácilmente esta mi primera impresión. Así debió ser la de los habitantes del pueblo de Lilibut al contemplar a Gulliver.

Más que de la imagen del gigante, yo quisiera hablar de su fuerza. Siendo una organización privada que se sostiene con las cuotas de sus socios, su fuerza es tal que ha sido capaz de crear, por sí sola, una organización bibliotecaria nacional que no tiene parangón en el mundo, confiriéndole unidad dentro de la diversidad característica de la legislación de los estados que componen la Unión. En definitiva, fue la ALA quien comenzó por conseguir en 1938 que, en la Oficina de Educación de los Estados Unidos, el Gobierno Federal creara una División de Servicio Bibliotecario y quien en 1956 venció en la más larga y enconada de sus luchas al conseguir que, después de 10 años de presentarla ininterrumpidamente sin éxito alguno, el Congreso aprobara la Library Services Act, primera ley promulgada por el Gobierno Federal para favorecer el desarrollo de las bibliotecas públicas, al que ha contribuido y ha de seguir contribuyendo mediante las oportunas modificaciones, de todas las cuales hay que destacar la que en 1966 se le hizo para que permitiera también la construcción de nuevos edificios para bibliotecas.

Como rasgo más característico del mundo bibliotecario al que me estoy refiriendo yo apuntaría el de la insatisfacción. Es la gran virtud del bibliotecario norteamericano que, afortunadamente para su patria, no ha llegado a conocer el pecado del triunfalismo. No parece que haya límites para ellos, como tampoco parece que se los tengan fijados el resto de los ciudadanos en sus aspiraciones por una sociedad mejor. A los límites iniciales marcados por la ALA como metas deseables en unos *standards*, los sustituyen límites más altos en cuanto aquellos primeros están conseguidos. Y como siempre hay en el país servicios bibliotecarios y de información cuyos niveles no llegan a lo prescrito, todos los esfuerzos se centran en alcanzarlos cuanto antes para continuar luchando ambiciosamente por unos servicios mejores.

Sorprende la insatisfacción con que especialmente la biblioteca pública lucha por mantenerse en el privilegiado puesto de servicio a la comunidad que ha logrado en virtud de sus méritos innegables. Manifestación de este empeño es la National Library Week, patrocinada por el National Book Committee y la ALA, expresiva muestra de colaboración entre editores y bibliotecarios para combatir la falta de interés por el libro, la lectura y la biblioteca. Desde 1958, se celebra todos los años esta Semana Nacional Bibliotecaria en el mes de abril y ésta es la razón de que, para recordarla a distancia y también en la proximidad de nuestra Fiesta del Libro, nos encontramos hoy reunidos en este acto. El

tema fundamental de la Semana es el de conseguir una América más leída y, por consiguiente, mejor informada, pero el lema particular de cada año viene determinado por una serie de slogans que se prodigan reiterativamente mediante una campaña publicitaria en la que intervienen todos los medios de comunicación social. Recuerdo todavía la impresión que me produjo, en su momento, examinar el folleto que se publicó el primer año en que se puso en marcha esta Semana y contemplar el acierto gráfico de los carteles en los que se leía el lema «Levántate y lee». Después, año tras año, he visto otros no menos expresivos, como «Sé todo lo que puedas, lee», «Para una vida más rica, más llena, lee», «Explora tu espacio interior, lee», y finalmente el dedicado al Año Internacional del Libro: «La lectura hace que el mundo gire». Y así, esta campaña anual, creada originalmente por los profesionales del libro, ha evolucionado hasta implicar a todo el mundo y ser realizada precisamente por los mismos consumidores que en cada localidad prestan su ayuda para que la biblioteca pueda alcanzar sus fines.

Y todo se debe a que la biblioteca pública se siente como un órgano vital de la sociedad norteamericana. Incluso un español profano en la materia ha visto más bibliotecas públicas de los Estados Unidos que de España porque, si viene al caso y hay muchas oportunidades para que así sea, nos las sacan en sus películas cinematográficas, lo mismo que a su baseball o a su particular rugby. La razón de ello hay que buscarla en el principio de que todo ciudadano tiene derecho a recibir una educación lo más completa posible y, por tanto, debe tener acceso a un adecuado servicio bibliotecario. Este concepto popular de la educación, que contrasta con el concepto elitista que siempre ha imperado en Europa, ha sido el motivo de que la biblioteca pública, primero, y la biblioteca docente, después, prosperaran en la medida que lo han hecho en los Estados Unidos.

A los bibliotecarios extranjeros nos llaman la atención algunas peculiaridades de la biblioteca pública norteamericana que no se dan en otros países o, en todo caso, se dan excepcionalmente. Por ejemplo, es única en el mundo su acusada departamentalización. Mientras en Inglaterra y en los países nórdicos europeos vemos como departamentos más caracterizados los que se ocupan de adultos, niños, préstamo y extensión bibliotecaria, en Estados Unidos se ha impuesto la departamentalización por temas, que ya inició antes de la primera Guerra Mundial la Biblioteca Pública de Cleveland. La han llevado a cabo desmembrando por materias los fondos generales para situarlos en salas independientes atendidas por personal que generalmente se ha especializado en la materia a fuerza de tiempo dedicándose a ella bajo la dirección de especialistas. Y, de este modo, han hecho frente a la demanda que ha producido la rápida expansión de las complejidades del conocimiento humano.

La parcelación de los fondos bibliográficos o de los conocimientos humanos que recogen responde al viejo principio del divide y vencerás aplicado, en este caso, como estrategia para triunfar en las tareas de la información. Todo en la biblioteca pública americana está hecho en función de la mejor información del lector: guías de bibliotecas, planos y rótulos indicativos, explicaciones sobre procedimientos, etc., pretenden que el lector pueda sacar de la biblioteca el máximo partido sin necesidad de que nadie le guíe y pueda coartar su libertad; pero, por si acaso, nunca le faltará la asistencia personal del bibliotecario que le preguntará si puede ayudarle en algo. La menor de las bibliotecas tiene una persona especializada, dedicada exclusivamente a informar, situada estratégicamente entre el acceso y los catálogos y dispuesta a atender no sólo consultas personales, sino también telefónicas e incluso a facilitar datos que recabará de la sección de referencia, pero cuando los fondos de la biblioteca adquieren proporciones fuera de lo común, se impone la departamentalización para mejor control, conocimiento y servicio de los mismos.

Dentro de esta departamentalización es sintomático el esfuerzo realizado por las grandes bibliotecas para formar su departamento de libros antiguos, raros y preciosos. Su caso no es el del nuevo rico sin prosapia que desea rodearse de falso abolengo. Es más bien el del pobre que sabe valorar lo que nunca tuvo y procura poseerlo en cuanto puede adquirirlo. Del mismo modo que a través de Europa ha sabido asimilar las mejores esencias de la civilización occidental, el pueblo norteamericano se afana por reunir también testimonios de la misma, aprovechándose tanto de su poderío económico para adquirirlos como de nuestra codicia, abandono y falta de interés por lo histórico. Es un pueblo aquejado de juventud que quiere curarse rápidamente esta enfermedad sin tener que recurrir a la terapéutica de los años.

A pesar de la abundancia de bibliotecas, de la especialización rigurosa de muchísimas de ellas, de los planes cooperativos de adquisiciones y de los catálogos colectivos que facilitan la difusión de los fondos mediante el préstamo interbibliotecario, las grandes bibliotecas, las bibliotecas metropolitanas espléndidamente sostenidas por el contribuyente y los mecenas, no se resisten a seguir enriqueciendo sus fondos. Son más de las que cabe imaginar las bibliotecas cuyo caudal supera con mucho al de las bibliotecas nacionales europeas, a pesar de la antigüedad de éstas, del amparo que disfrutaron de los monarcas fundadores y de los beneficios del depósito legal que reciben. Con tal abundancia de fondos, cuya exhaustiva comunicación confían a cuidadísimos catálogos, éstos adquieren proporciones descomunales que todavía parecen mayores porque en Estados Unidos, a diferencia de lo que se hace en Europa, no se da mucha importancia a que los muebles tengan dimensiones incómodas, pero se pone mucho cuidado en que el público pueda sacar por sí mismo los cajones de los

ficheros para poderlos consultar cómodamente en amplios espacios reservados para ello.

Plenamente identificada con la sociedad a la que sirve, la biblioteca pública norteamericana lucha hoy por la integración de las minorías marginales. Los aspectos generales del problema los recoge José María Carrascal en su libro *USA superstar*, diciendo que «asimilar a las minorías de origen europeo fue relativamente fácil por tener el mismo *background*, el mismo trasfondo, la misma escala de hábitos, costumbres y valores que los primeros peregrinos americanos. Con los negros e indios, sin embargo, la asimilación es mucho más difícil, al tener estas minorías un bagaje cultural completamente distinto. Con puertorriqueños y chicanos pasa algo especial: se unen —o en muchos casos son forzados a unirse— a las minorías marginales por su grado de mezcla con negro o indio, según el estricto concepto racista que impera en el país». La preocupación por dar servicios a estos marginados e integrarlos en esta creación peculiar de la sociedad americana que es la biblioteca pública salta a la vista en las revistas profesionales, donde artículos y cartas al director tocan constantemente el tema. Entra de lleno en el punto 5 de la *Declaración de derechos de la biblioteca*, aprobada por el Consejo de la ALA el 18 de junio de 1948 y enmendada el 2 de febrero de 1961 y el 27 de junio de 1967, que dice: «Los derechos del individuo a utilizar la biblioteca no deberán negársele o limitársele a causa de su edad, raza, religión, naturaleza o ideas sociales o políticas». Más tarde tendré que referirme otra vez a este punto.

Paréceme, sin embargo, que los bibliotecarios norteamericanos no llegaron a pensar entonces que su nación pudiera ser bilingüe. No hay artículo, en dicha *Declaración*, que se refiera a la lengua, a pesar de que los Estados Unidos cuentan ya con una población hispanoparlante que supera al 10 por 100 del total. El problema está ahí y el legislador lo ha tenido en cuenta al agregar a la Ley de Escuelas Primarias y Secundarias de 1968 un Título VII como Ley de Educación Bilingüe, que faculta al Gobierno Federal para sostener escuelas bilingües que den educación en español, durante los cuatro primeros años, a los que tienen la misma lengua materna que nosotros, a la vez que se les enseña el inglés, como segunda lengua, de forma que, a partir del quinto año, puedan integrarse con los de lengua inglesa que, por su parte, han aprendido el español como segunda lengua y recibir así, conjuntamente, una educación bilingüe.

No poseo información de última hora, pero en 1969 Marietta Daniels Shepard, en sus *Dimensiones internacionales de la bibliotecología estadounidense*, pintaba la situación con estas negras tintas: «Es seria la condición de los adultos de habla española en los Estados Unidos. En California, los hispano-parlantes

doblan en número a la población negra. Tienen, como promedio, dos años menos de instrucción que los negros, los cuales, a su vez, tienen dos años menos que los blancos de habla inglesa. En Texas, el adulto medio de habla española ha completado solamente cuatro años de escuela, cuando el promedio general es de ocho para todo el estado. Por lo tanto, el problema del adulto requiere particular atención, pues, a su nivel de lectura, no puede leer ni entender la mayor parte de los libros publicados en español y, al mismo tiempo, es incapaz de leer obras para jóvenes. Dispone de una cantidad de materiales sumamente baja para su nivel y sus intereses de lector».

No es éste el momento para extendernos en la enumeración de los esfuerzos que se han hecho y se están haciendo por resolver el problema. Sí lo es para apuntar que, en este asunto, el débil, nosotros, podría ayudar bastante al poderoso por medio de sus editores y bibliotecarios, a pesar de que los últimos en la enumeración seamos también los últimos en número y en muchas otras cosas dentro del contexto de la educación y la cultura española.

Igualmente hay que decir, por lo menos para que no parezca olvido de ellos o mío, que la población marginada de las bibliotecas, a la que se presta atención, no la constituyen sólo las minorías raciales, sino también los minusválidos, los enfermos mentales rehabilitables, los hospitalizados, los reclusos, los ancianos y quienes no pueden salir de sus casas, para todos los cuales se organizan programas.

A todos sus valores tradicionales y a la amplitud de las funciones que ya viene realizando la biblioteca pública quiere añadir ahora su transformación en centro cultural, que se ve favorecida por la evolución del concepto de cultura, ceñido antes a los concretos intereses del público lector de literatura selecta, auditor de música clásica y espectador de ballet. Al mismo tiempo, se advierte una evidente tendencia a ocuparse de la educación permanente y a colaborar con las bibliotecas de los centros docentes en programas educativos amparados por el National Endowment for the Humanities.

La libertad intelectual, cada día más constreñida en el mundo de hoy, se ha convertido en una especie de juego nacional para el norteamericano. Como todos los juegos, puede tener dos versiones: una limpia, en la que a cualquiera le gustaría participar, y otra sucia, en la que nadie con la suficiente dignidad querría verse envuelto. Aplaudo sin reservas la primera y condeno abiertamente la segunda, a pesar de que mis colegas norteamericanos vean en los ataques a esta última las avanzadillas del enemigo de toda la libertad intelectual. La pornografía que invade al país es la versión puerca del juego de la libertad intelectual y, a no dudar, perjudicará notablemente a las bibliotecas, mientras los bibliotecarios y el Comité de Libertad Intelectual de la ALA defiendan a ultranza y sin ma-

tices el referido punto 5.º de la *Declaración de Derechos de la Biblioteca* en lo que se refiere a que la edad no debe ser obstáculo para que al lector se le nieguen o limiten sus derechos a utilizar la biblioteca.

Algunos Estados, que han querido reformar su legislación en lo tocante a pornografía y materiales obscenos para defenderse de la avalancha, han topado con la oposición de los bibliotecarios y éstos, a su vez, ya se han visto ante los tribunales y continuarán compareciendo a más pleitos mientras haya padres que, con más o menos razón, consideren que a sus hijos les permiten en las bibliotecas la lectura de obras nocivas.

Recuerdo haber leído, creo que en el libro de Rodrigo Royo *USA, paraíso del proletariado*, que en la sociedad norteamericana el niño ocupaba el primer lugar, seguido del perro y de la mujer, para dejar el último al hombre. Y no hago mención de este recuerdo para lamentarme de la suerte del hombre en un país donde calificarla de «perra» sería mejorarla. Menciono este recuerdo para justificar y reforzar la extraordinaria atención que al niño se le presta en las bibliotecas norteamericanas. Mientras los países que se cuidan de dar lectura a los niños se han limitado generalmente a destinarles un rincón para ellos dentro de la misma sala general en que leen los adultos, todas las bibliotecas norteamericanas, incluso las sucursales, tienen una sala aparte destinada a los niños y, por lo menos, un bibliotecario especializado para atenderlos. De la importancia que conceden a este servicio da idea el que las bibliotecas centrales tengan un mínimo de cinco bibliotecarios profesionales destinados a esta tarea y que, en las sucursales, haya uno o dos. En los grandes sistemas bibliotecarios y, a veces, incluso en los más pequeños, tienen un supervisor de las actividades para los niños, frecuentemente acompañado por un «assistant», un consejero de lecturas para niños e incluso un consejero para los adultos que, a su vez, tengan que proporcionar lecturas a los niños.

Así como, para seleccionar los libros instructivos, los bibliotecarios se atienen a las recomendaciones de la crítica, suelen ser muy personales en la selección de los recreativos, en la que intervienen todos los profesionales del sistema, primero redactando fichas críticas y luego discutiendo puntos de vista en una reunión semanal en la que, bajo la presidencia de un supervisor, se deciden los títulos que han de adquirirse y el número de ejemplares que de cada uno convienen.

Lo que nosotros hemos llamado hora del cuento tiene un importante papel en las bibliotecas infantiles americanas, que han ido mejorando esta práctica desde que la pusieron en circulación a comienzos de siglo. Las bibliotecas disponen de local adecuado para estas actividades, que se extienden más allá de la simple narración para distintos grupos de lectores y llegan hasta las proyec-

ciones cinematográficas, pasando por el guiñol, las representaciones teatrales, etcétera.

Pero si el niño es el rey de la sociedad norteamericana, en pocos lugares se le ofrece mayor servidumbre que en sus bibliotecas. Ya en la escuela se les enseña a conocer los diferentes tipos de libros, la finalidad de cada uno y la forma de utilizarlos, sin que en ningún curso les falte la presencia en las aulas del personal de la biblioteca pública, que acude a hablarles de la misma e invitarles a visitarla. Cuando llegan a ella, el bibliotecario está siempre a su lado, sin barreras que separen, porque se ocupa personalmente de proporcionarles el libro que necesitan o desean y de introducirles en su contenido explicándoles la forma de manejarlo. Y es tan intensa la atención al niño que, en el supuesto de que la escuela no cuente con bibliotecario, su biblioteca la atenderá el personal de la biblioteca pública.

Nada hay de novedoso en todo ello. Cualquier bibliotecario español conoce estos procedimientos de trabajo e incluso ha intentado ponerlos en práctica. Otro tanto sucede con los bibliotecarios de los demás países. La diferencia está en que para los niños norteamericanos es común lo que para los demás es excepcional.

Formado en el libro y por el libro. Este podría ser el lema de su educación porque nunca le abandonará en los pasos sucesivos de la High School, el College y la Universidad. De las bibliotecas universitarias todos hemos oído hablar como centro físico y espiritual del «campus», pero tuve ocasión de ver la biblioteca de la High School de Mamaroneck, población de 19.000 habitantes al norte de Nueva York y deseé que fuera, por lo menos así, la biblioteca pública de mi Valencia natal con 700.000. Hace poco, supe que también tenían una biblioteca pública que hacía 3.000 préstamos a la semana... Huelgan más comentarios.

La variedad de bibliotecas que han florecido en el país, la importancia y calidad de las mismas y la departamentalización de la que antes hemos hablado han dado lugar a un bibliotecario muy diferente del europeo y concretamente del español. Mientras aquí el bibliotecario viene forzado a ser una enciclopedia viviente, so pena de ser acusado de ignorante, y cualquier profesional puede administrativamente pasar de una sección de manuscritos a una biblioteca pública o de una biblioteca de Facultad de Medicina a otra de Derecho, allí se ha impuesto la ultraspecialización, pues a la especialización que ya puede adquirirse en las escuelas de bibliotecarios hay que añadir la que se adquiere después en un puesto de trabajo, cuya experiencia se contabiliza a la hora de la contratación para un puesto similar, pero de mayor importancia y mejor retribuido, según es fácil comprobar en las páginas de anuncios de las revistas de biblioteconomía. Todo tiene, sin embargo, su contrapartida y, mientras un bibliotecario norte-

americano, por muy acogedor y servicial que sea, que lo son todos, no puede explicar la tarea que realiza su compañero de mesa, ausente en el momento de nuestra visita, aquí estoy seguro de que cualquier bibliotecario sería capaz de sustituir temporalmente a un compañero en una tarea a la que no esté acostumbrado. El bibliotecario norteamericano es un engranaje dentro de una complicada máquina. El bibliotecario español es la máquina completa, aunque en modelo reducido y de artesanía.

Un poco andaluza me ha salido la metáfora. Máxime ahora que las máquinas han penetrado en las bibliotecas de todo el mundo, siguiendo el modelo que nos llega de Estados Unidos, donde ya puede hablarse de invasión. Allí hay máquinas para todo y es impresionante contemplar el trabajo que algunas realizan. Claro es que pueden producir impresiones muy dispares. Mientras la utilidad y la perfección de algunas salta a la vista, la de otras es difícil de comprender. Supongo que ellos mismos son conscientes de la maquinitis que les aqueja cuando la ALA ha creado un comité asesor, el Library Technology Program, encargado de evaluar los materiales disponibles y recomendar sobre el valor y utilidad de los mismos.

No se comprende tanto dispositivo para detección de robos. Primero, porque uno pensaba ingenuamente que allí había más civismo que aquí y poco menos creía que allí ataban los perros con longanizas, pero resulta que roban muchos más libros que aquí, lo cual debe interpretarse como buen síntoma cultural, aunque sólo sea porque demuestra que el público valora al libro, va más a las bibliotecas, tiene muchísimas más bibliotecas a donde ir, muchísimos más libros que robar y más libertad para hacerlo. Segundo, porque cuesta concebir que se haya hecho un gasto tan enorme no sólo en tales dispositivos, sino en preparar uno por uno todos los libros, pegándoles en el interior de las tapas unas láminas de papel metalizado que son las que hacen posible que el detector señale el paso de un libro incontrolado por delante de él.

Abruman los variados procedimientos y máquinas utilizados en la multiplicación de fichas. Desde los ya habituales entre nosotros, mediante multicopia a partir de un cliché, hasta los más complejos en que se parte de un original conservado en microfilm y los simplícísimos de la fotocopia electrostática del original mediante máquina Xerox alimentada de fichas ya cortadas a tamaño internacional.

La microcopia se ha impuesto como medio para almacenar en poco espacio documentación originalmente muy voluminosa y para conseguir documentación que no se posee. Tanto los aparatos microcopiadores, como los lectores, abundan en todas las bibliotecas y responden a la más completa variedad.

En una sociedad insatisfecha, que ha hecho del récord el plus ultra de los tiempos actuales, las bibliotecas tampoco pueden sustraerse a competir y lo hacen en el terreno de los préstamos, fórmula ideal para complacer los sacrosantos derechos que el ciudadano tiene para usar libremente de los servicios públicos. Como lo que ellos llaman rutina y nosotros trámite para el préstamo se lleva demasiado tiempo en perjuicio del lector, si se hace por procedimientos tradicionales, pronto buscaron la simplificación y la rapidez por medio de procedimientos mecánicos que han encontrado la máxima satisfacción en los costosísimos ordenadores que, una vez implantados, se aplican también a otras tareas bibliotecarias, entre las que hay que destacar el control de pedidos y adquisiciones, la catalogación cooperativa y la elaboración de catálogos impresos, con los que se tiende a facilitar la información a los lectores, incluso fuera del ámbito de la biblioteca, evitándoles la enojosa consulta en los monstruosos ficheros en que, a la fuerza, han tenido que almacenarse los registros catalográficos de tanta abundancia bibliográfica.

Por lo que se refiere al préstamo, la automatización es simple. Como es el propio lector quien escoge de entre lo disponible, pues se le permite el libre acceso a los fondos, basta con que el libro vaya provisto de una tarjeta legible para el ordenador en cuestión. Periódicamente, se le pide al ordenador que dé relación de los préstamos pendientes para reclamarlos. Y en horas libres, se va procediendo al descargo de los préstamos que fueron devueltos a veces sin más trámite que el dejarlos caer en unos buzones convenidos.

En el último número del *Library Journal* llegado a mis manos, que es el correspondiente a la segunda quincena de febrero, se publica el borrador del Nuevo Programa Nacional de Servicio Bibliotecario y de Información para que los bibliotecarios puedan aportar críticas e ideas a tener en cuenta en la elaboración del documento final que ha de presentar al Congreso la Comisión Nacional de Bibliotecas y Ciencias de la Información, creada por el mismo Congreso en 1970 para que le asesore en la materia. En dicho documento final, se configurará el ideal bibliotecario del futuro, partiendo de un ideario del presente que, en las palabras preliminares del borrador, se nos describe con la siguiente fuerza: «La información, tanto en su forma original de datos empíricos, como en la superelaborada que llamamos "conocimiento" ha llegado a considerarse tan crítica para el bienestar y la seguridad de la nación como cualquier recurso natural parecido al agua o al carbón. Una de las grandes fuerzas de la nación es la riqueza de los recursos de vulgarización popular, de erudición y de investigación que hay en sus bibliotecas y centros de información. Pero, al igual que los recursos naturales, los del conocimiento están en peligro de ser aprovechados ineficaz y antieconómicamente si no hay coordinación en su incremento y utilización.»

Algo habrá que decir, antes de terminar, de la Biblioteca del Congreso. Todo, sería demasiado para ustedes y para mí. Menos, sería poco para hacerle el debido honor. Por eso, como seguidamente se va a proyectar una película sobre dicha Biblioteca, pienso que será mejor que la vean sin que yo revele el argumento. Si oficialmente no se trata de una biblioteca nacional, realmente es muchísimo más que eso. Es la cabeza de todo el monstruoso aparato bibliográfico norteamericano y va en camino de serlo de la bibliografía universal, desde que el Congreso la autorizó en 1966 a establecer un Programa Nacional de Adquisiciones y Catalogación, más conocido por el nombre de catalogación en cooperación, con el que, para reducir al mínimo posible el esfuerzo, gasto y tiempo que supone la catalogación y clasificación de los mismos libros por todas las bibliotecas que los adquieran, se trata de abarcar la producción mundial de libros válidos para los estudiosos mediante acuerdos con otros países. De esta cooperación, llevada concretamente al campo de la catalogación, le viene al programa el nombre familiar por el que se le conoce. Pero, al complementarlo posteriormente con otro programa de catalogación en cinta magnética legible por ordenador, que lleva por nombre las siglas MARC, y en el que pueden integrarse todos los países colaboradores, pienso que es aquí donde cabe adivinar para la Biblioteca del Congreso el papel, otrora utópico, que a comienzos de siglo fijaron Paul Otlet y Henri Lafontaine a su sueño de una bibliografía universal.

Siempre se ha dicho, y es verdad, que las comparaciones resultan odiosas. Aquí podríamos decir que son también imposibles porque utilizamos medidas diferentes. Pero como nadie puede sustraerse a la comparación de cuanto tenga cierta semejanza, procuraré que la mía se reduzca a los términos más generales: el ciudadano norteamericano sabe qué es una biblioteca, para qué sirve, quién la sostiene, cuánto cuesta, qué le puede exigir y qué le debe. El español, no. Las bibliotecas norteamericanas responden a la necesidad de servir unos objetivos definidos puestos a contribución del desarrollo y productividad del país. Las españolas, tampoco. Por eso, mientras al bibliotecario norteamericano podríamos pintarlo como una moderna versión del San Jorge que preside nuestra Fiesta del Libro que, por moderno, ha tomado en sus brazos a la Princesa de la Información, después de matar al dragón que la amenazaba, el bibliotecario español vemos que no puede ocuparse de la princesa porque no da abasto a matar dragones.

Cuando en tantos países les han dicho a los norteamericanos que se vayan a casa yo, para compensar, lleno de machismo celtibérico, les diría a sus bibliotecas, femeninas al fin y al cabo, que vengan, que vengan. Aunque, eso sí, bien tapadas con todo lo que llevan puesto.

LUIS GARCÍA EJARQUE